

Introducción

Las migraciones de los antillanos como fuerza laboral para trabajar en diversos segmentos económicos y áreas de Estados Unidos y el Caribe hispano, ya sea insular o continental, ha sido tratada por varios autores de manera general. En un libro de compendio editado en 1985 por Manuel Moreno Fraginals, Frank Moya Pons y Stanley L. Engerman, con el apoyo de la John Hopkins University, se muestra cómo la migración negra de antillanos anglófonos desde diversas fenomenologías sociales, económicas y culturales fue una constante, inclusive como aspecto “laboral” desde los tiempos de la esclavitud en las Antillas hispanas, principalmente, para la segunda mitad del siglo XIX.

Por su parte, Rosemary Brana-Shute y Rosemarijn Hoeffte (1983) dan a conocer el famoso trabajo *A Bibliography of Caribbean Migration and Caribbean Immigrant Communities*, en donde, tal como lo dice el título, evidencian la bibliografía de lo que existía hasta ese entonces sobre la migración en el Caribe y de las características de las diferentes comunidades de inmigrantes. Bajo perspectivas similares, Annette Insanally, Mark Clifford y Sean Sheriff (2006), con los auspicios de Regional Footprints, publican *The Travels and Travails of Early Caribbean Migrants*, libro que sirve de radiografía para conocer el entramado social, económico y cultural que tienen las migraciones laborales en el espacio Caribe. Su contribución fue fundamental para el desarrollo de los tejidos productivos en los que estuvieron inmersos, llámense cultivos de caña de azúcar, tabaco, café o banano, o en obras de infraestructura como trenes, industria petrolera o el mismo canal de Panamá,

pese a las reticencias de los aspectos raciales o los relacionados con las clases sociales. Además, su presencia contribuyó a la construcción colectiva de la sociedad en los lugares a donde llegaron. George Read Andrews (1997) plantea algo similar del trabajo negro y su exportación entre 1880 y 1930, pero para otras regiones de América Latina (p. 15). Circunstancias que, igualmente, Lara Putnam (2013) materializa en forma clara con su definición de movimientos radicales y políticas de raza a partir de los migrantes caribeños.

En cuanto al mundo hispano, Colin Clark publica el libro *Caribbean Social Relations* en 1978. Allí, el capítulo de Elizabeth Thomas Hope trata de la migración laboral intercaribeña desde las Antillas británicas como un fenómeno tradicional que se da después de los movimientos emancipatorios del Caribe hispano. Aspectos estos que Cadence Wynter (2001) hace ver claramente para el caso de Cuba entre 1885 y 1930. Igualmente, Philippe Bourgeois (1989) lo estudia en los países centroamericanos o Repúblicas Bananeras, deteniéndose en los asuntos raciales y la división del trabajo de las migraciones a los cultivos de banano. Casos similares a este, pero de manera específica para Costa Rica, constituyen, los estudios, primeramente, de Aviva Chomsky (1996) sobre la United Fruit Company entre 1870-1940, y, después, el de Lara Putnam (2002) acerca de The Company They Kept entre 1870 y 1960. Desde el punto de vista de las minorías étnicas, los temas de clase y aspectos raciales que representaron estas migraciones como fuerza laboral, también para Costa Rica, los aborda Ronald Harpelle (2001). Bajo esta misma premisa y zona geográfica, también trabaja Trevor Purcell (1993), pero lo hace sobre otros aspectos culturales. Por otro lado, Euraque (1996) reinterpreta el concepto de *Banana Republics*, especialmente para el caso de Honduras entre 1870-1972. Euraque pone en entredicho la construcción del Estado-nación y enfatiza que en estos procesos se dan las bases de una nueva configuración regional.

Un estudio pionero sobre la entrada y salida de jamaicanos al mundo del banano y a otros trabajos de plantaciones en el Caribe es el de George Robert (1957), quien hace un recuento detallado de la población de Jamaica y sus vaivenes, fruto del flujo migratorio permanente, en el que muestra estadísticas concretas para ciertos casos. Posteriormente, Gisela Eisner (1961) pone en evidencia, desde un análisis económico del

periodo 1830-1930, por qué la gente de esta isla antillana migra a otras partes a buscar trabajo. Para ello, toma como base los indicadores de marginalidad y pobreza en que estaba sometida esa colonia de Inglaterra. Otro trabajo que ilustra la migración laboral desde Jamaica y enfatiza la labor negra y el capital blanco es el publicado por Elizabeth McLean Petras (1988), que analiza esta problemática socioeconómica desde 1850 hasta 1930.

Las migraciones de trinitarios y tobaguenses hacia el resto de las islas del Caribe y de la América continental, en especial para Venezuela —en las construcciones de infraestructura vial y ferroviaria, así como de la industria petrolera—, y, en menor medida, para los países centroamericanos y Colombia en el asunto bananero, las ha estudiado en profundidad Kelvin Sing (1994). Para el caso de los oriundos de Saint Kitts y Nevis, Bonham C. Richardson (1983, pp. 16-28) publicó un artículo acerca de cómo fue el desarrollo de la isla, cómo vivían y sobrevivían los habitantes y cómo ello originó las migraciones a otros puntos del Caribe. Este mismo autor plantea algunos aspectos similares en otro trabajo, pero bajo casuísticas propias de Barbados, analizando el proceso migratorio hacia el canal de Panamá y el capital circulante e inversiones que se hicieron allí debido a la mano de obra inmigrante en este país, primero colombiano y después como república independiente. Bonham Richardson (1985) hace la serie de tiempo para 1900-1920 y tiene en cuenta que Panamá fue territorio de Colombia hasta 1903.

Otro autor que trabaja sobre la labor de afrodescendientes en el canal de Panamá y el ferrocarril, para ese entonces provincia de la Nueva Granada, es Velma Newton (1984), quien desde una perspectiva muy amplia hace un análisis de esta fenomenología desde 1850 hasta 1914, o sea, en el periodo de la construcción del Canal, incluso desde la época en que la obra era francesa —por la concesión que tenía contratada ese país con Colombia—, y termina con la puesta en marcha de las esclusas a cargo de los estadounidenses. Otra publicación sobre la labor negra de antillanos de la *West Indies* en esta infraestructura interoceánica es la de Michael L. Conniff (1985), en un proceso que abarca de 1904 a 1981. También está el trabajo de Olive Senior (2014), que concentra todo su esfuerzo investigativo en dar a conocer la trashumancia hacia procesos laborales de gente negra y procedente de las Antillas británicas a las obras del canal de Panamá.

El libro *Migraciones antillanas: trabajo, desigualdad y xenofobia* recoge estudios de casos de la diáspora de trabajadores antillanos, de Haití y de las Antillas británicas, en el Gran Caribe en los siglos XIX y XX. Todos los trabajos recuerdan la correlación entre crecimiento económico e inmigración. Dentro de este esquema se analiza el desarrollo de las industrias azucarera, bananera, del cacao o del café desde la década de 1880, lo que produjo la necesidad de importar abundante mano de obra. Ello se tradujo en la entrada de inmigrantes, estacionarios o definitivos, que fueron contratados con salarios más bajos. Así mismo, la construcción del canal de Panamá, de carreteras o de vías férreas requirió una gran masa de fuerza laboral que procedió de países marcados por un estancamiento económico, bajos salarios, escasez de recursos o de tierras, altos precios de productos de primera necesidad, desempleo, superpoblación y crisis políticas. Estos factores presentes en distintos momentos en Haití y en las Antillas británicas provocaron desde mediados del siglo XIX la diáspora antillana, que comenzó a desplazarse por distintos países donde se crearon comunidades diaspóricas y transnacionales. República Dominicana, Panamá, Cuba, Costa Rica, Honduras, Colombia y Estados Unidos fueron varios de los países que contrataron esta fuerza laboral cuyo trabajo fue fundamental para la expansión de sus economías. Además del análisis de la relación entre el crecimiento económico y la fuerza laboral, los textos que integran el libro penetran en las dinámicas raciales de las sociedades postesclavistas, en la relación entre clase y raza, algunos de ellos entre clase, raza y género, y en el examen de la construcción de discursos identitarios y xenófobos en los que estos trabajadores fueron identificados con distintos nombres: yumecas en Colombia, cocolos en República Dominicana, tórtolos en Puerto Rico o negros de habla inglesa en Honduras.

La llegada de inmigrantes antillanos a Cuba es abordada por Oscar Zanetti Lecuona y Consuelo Naranjo Orovio. Oscar Zanetti, en “Los braceros jamaicanos en la industria azucarera cubana: el caso de la United Fruit Company”, analiza el crecimiento de la producción azucarera en Cuba entre 1903 y 1925, que lo vincula a la llegada de braceros inmigrantes, cuyo trabajo fue clave para impulsar el crecimiento de la economía. Su estudio se centra en la expansión azucarera llevada a cabo por las compañías norteamericanas tras la adquisición de tierras en la parte oriental y la construcción de grandes centrales azucareras. Para realizar el

trabajo, la United Fruit Company —primero centrada en las plantaciones bananeras y luego en el azúcar— requirió contratar anualmente braceros procedentes, fundamentalmente de Haití y de Jamaica, aunque también llegaron de otras Antillas británicas. Para la entrada de estos inmigrantes, fue preciso la connivencia entre el Gobierno y los azucareros, que ajustó las leyes a sus demandas.

Por su parte, Consuelo Naranjo Orovio, en “Inmigrantes antillanos en Cuba: discursos económicos, raciales e identitarios, 1910-1940”, analiza la llegada de inmigrantes y su relación con la construcción de discursos identitarios y raciales y el diseño de políticas migratorias, que fueron variando en función del crecimiento de la producción azucarera y de las presiones de los sectores azucareros. La respuesta ante la presencia de los braceros antillanos fue muy distinta. El grupo integrado por intelectuales, científicos y académicos consideró que la contratación de estos braceros era un factor que retrasaría e incluso perjudicaría la integración nacional, además de debilitar la soberanía nacional. Para ellos, la entrada de esta fuerza laboral aumentaría la diversidad racial, lo cual suponía una amenaza para el “porvenir de la nación” homogénea sobre la que la élite blanca descansaba la identidad nacional. El otro grupo lo encabezó el sector azucarero, que defendió la entrada de los trabajadores antillanos para mantener e incrementar la producción azucarera. El ataque a la inmigración de antillanos contuvo distintos elementos de tipo social, cultural, higiénico-sanitario y económico. Algunos médicos aportaron al debate sus ideas sobre el carácter antisanitario de esta migración y el peligro que suponía para la población del país. Algunos juristas subrayaron la necesidad de limitar su entrada y controlarla como hacían otros países del continente americano, otros les incriminaron señalándoles como criminales y delincuentes, mientras que algunas asociaciones y gremios laborales lanzaron campañas en su contra por considerar que rebajaban los salarios y restaban oportunidades laborales al cubano. Su entrada en Cuba se mantuvo desde la década de 1910 hasta crisis económica de los años treinta, momento en que el país cerró las puertas a la inmigración y comenzó su repatriación.

Estos debates en los que con frecuencia se equiparó la cultura con la etnia, o lo que en esos momentos llamaban “raza”, y en los que el inmigrante, el extranjero, era considerado un peligro para la cultura y un

“enemigo de la nación” son también abordados en otros capítulos del libro por Jorge Enrique Elías-Caro, Diana Senior Angulo, Yesenia Martínez García y Reina Rosario.

El legado sociocultural de las poblaciones inmigrantes en el Caribe colombiano procedentes de Jamaica, Trinidad y Tobago, Barbados, Santa Lucía y Granada es examinado por Jorge Enrique Elías-Caro en el capítulo titulado “Yumecas”. West Indies workers en el enclave bananero de la United Fruit Company en el Magdalena (Caribe colombiano), 1900-1940”. En él repasa el proceso migratorio de miles de personas afrodescendientes, conocidos como “yumecas”, procedentes de las Antillas británicas para trabajar en el enclave bananero de la United Fruit Company en el Magdalena y su economía integrada entre 1900 y 1940. El estudio examina los flujos migratorios, su procedencia, además de las zonas de residencia y las relaciones entre los trabajadores inmigrantes destinados al sector bananero con las dinámicas propias del departamento del Magdalena; en especial, analiza los factores sociales, culturales y económicos.

Diana Senior Angulo, en su texto titulado “En sintonía con los tiempos: perfil ocupacional y división sexual del trabajo de la población afrocaribeña en Costa Rica durante la primera mitad del siglo XX” examina la segmentación del contingente laboral que se establece inicialmente en la provincia de Limón, entre finales del siglo XIX, y durante la primera mitad del siglo XX. Realiza la investigación desde la perspectiva de la división sexual del trabajo, la cual formó parte de la oferta laboral ofrecida y asumida por mujeres y hombres afrocaribeños. El análisis de los censos de población le ayudan a profundizar en términos de la división sexual del trabajo.

Yesenia Martínez García, en su trabajo “El Caribe hondureño y su negritud ¿una amenaza para los obreros o un peligro para la Nación?”, acomete el estudio de la población antillana trabajadora, llamada población negra de habla inglesa, en el contexto de la economía de plantación en el Caribe hondureño durante las primeras tres décadas del siglo XX. La élite política, los intelectuales y las organizaciones obreras criticaron en la prensa la presencia de esta fuerza laboral a la que se referían como “el problema negro”. Como en otros países, las diferencias étnicas se usaron para denostar a esta población que no daba la imagen “positiva” que debía tener una nación moderna. Para ello, la autora analiza los discursos,

mecanismos legales o manifestaciones de rechazo de parte del Estado, intelectuales, obreros y medios de comunicación como la prensa, en el marco de la construcción de la imagen de la nación moderna y homogénea.

El capítulo de Reina Rosario, “Migraciones caribeñas de las colonias inglesas hacia Costa Rica y República Dominicana: procesos raciales y el impacto de las ideas de Garvey (1872-1950)”, invita a pensar la racialización a que fueron sometidos los migrantes antillanos negros que llegaron a Costa Rica y República Dominicana a finales del siglo XIX y el impacto de las ideas de Marcus Garvey sobre ellos. Como en otros países del área, el inicio de esta migración obedeció a causas económicas y a la penetración de capital norteamericano en los enclaves bananeros y centrales azucareras. La movilidad y el cambio fueron características de estas migraciones. En el caso de República Dominicana en los años veinte del siglo XX, los antillanos británicos fueron remplazados por haitianos. En Costa Rica, en la década de 1930, los migrantes se trasladaron del Caribe al Pacífico, donde las leyes impedían la contratación de afrodescendientes, con lo que se les sometía a segregación territorial. La autora muestra cómo en estos dos países los inmigrantes lograron mantener y redefinir su identidad basándose en logias y sociedades de ayuda mutua, así como en el trípode familia-Iglesia-escuela. En ambos, su legado cultural forma parte de la cultura nacional, especialmente en la música y el baile.

La contribución de los trabajadores antillanos a la construcción del canal de Panamá es abordada por Juan Santiago Correa Restrepo en “Infraestructura ferroviaria y migración en Panamá, siglos XIX y XX”. Tras un balance historiográfico sobre las migraciones antillanas, el autor pasa a tratar la contratación de trabajadores en Panamá. Las condiciones difíciles del trabajo, por el clima, la higiene y el propio trabajo, fueron uno de los principales problemas que tuvo que resolver la compañía para reclutar personal. Durante el tiempo de la obra, se contrataron entre seis mil y siete mil personas, la mayoría de ellas provenientes de Jamaica o del departamento de Bolívar, en Colombia, así como martiniqueños, chinos, alemanes, portugueses, irlandeses, indios y austriacos, como consecuencia de las dos grandes obras de infraestructura iniciadas a mediados del siglo XIX: el ferrocarril y el canal. El determinismo geográfico en las teorías sobre las diferentes capacidades de adaptación y de trabajo de los

pueblos estuvo presente en la política de contratación que, según las fuentes, prefirieron trabajadores negros y mulatos al pensar que estaban mejor adaptados a las condiciones de la zona, por lo que soportarían más los rigores del clima y el trabajo.

La diáspora antillana continúa en la actualidad. Miles de personas se trasladan por América y Europa buscando un destino mejor. La comunidad diaspórica haitiana en Miami se afirmó como un importante polo de inmigración para los haitianos y la primera concentración de migrantes haitianos en EE. UU durante la segunda mitad del siglo XX. En este país, las comunidades haitianas más importantes se localizaban especialmente en Miami, Nueva York, Nueva Jersey y Boston. De eso se trata el capítulo que da cierre a este libro, “Los haitianos de Miami: ¿una comunidad en vías de integración?”, de Cédric Audebert. Este analiza los fundamentos históricos y sociales de la estructuración comunitaria de esta población y su dinámica geográfica en la ciudad capital del estado de Florida. Según demuestra el autor, el perfil demográfico, cultural y socioeconómico de la población migrante haitiana permite comprender su organización y su inserción en el espacio de Miami, así como las traducciones espaciales de la dinámica demográfica y social de esta comunidad desde hace más de cuarenta años.

Referencias

- Andrews, G. (1997). Black Workers in the Export Years: Latin America, 1880-1930. *International Labor and Working Class History*, (51), 7-29.
- Brana-Shute, R. y Hoeft, R. (1983). *A Bibliography of Caribbean Migration and Caribbean Immigrant Communities*. Gainesville: University of Florida Press.
- Bourgeois, Ph. (1989). *Ethnicity at Work: Divided Labor on a Central American Banana Plantation*. Baltimore: John Hopkins University Press.
- Conniff, M. (1985). *Black Labor on a White Canal: Panama, 1904-1981*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Chomsky, A. (1996). *West Indian Workers and The United Fruit Company in Costa Rica, 1870-1940*. Baton Rouge: Louisiana State University Press.
- Eisner, G. (1961). *Jamaica, 1830-1930: A Study in Economic Growth*. Westport: Conn Greenwood Press.
- Euraque, D. (1996). *Reinterpreting the Banana Republic: Region and State in Honduras, 1870-1972*. Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press.

- Harpelle, R. (2001). *The West Indians of Costa Rica: Race, Class and the Integration of an Ethnic Minority*. Montreal and Kingston: McGill-Queens University Press.
- Insanally, A.; Clifford, M., y Sheriff, S. (2006). (Eds.). *Regional Footprints: The Travels and Travails of Early Caribbean Migrants*. Kingston: UWI Latin American Caribbean Centre.
- McLean, E. (1988). *Jamaican Labour Migration: White Capital and Black Labour, 1850-1930*. Boulder y Londres: Westview Press.
- Moreno, M.; Moya, F., y Engerman, S. (Eds.). (1995). *Between Slavery and Free Labor: The Spanish Speaking Caribbean in the Nineteenth Century*. Baltimore: John Hopkins Press.
- Newton, V. (1984). *The Silver Men: West Indian Labour Migration to Panama, 1850-1914*. Mona: Institute of Social and Economic Research, UWI.
- Purcell, T. (1993). *Banana Fallout. Class, Color, and Culture Among West Idnians in Costa Rica*. Los Angeles: Centre for Afro-American Studies, University of California.
- Putnam, L. (2002). *The Company They Kept: Migrants and the Politics of Gender in Caribbean Costa Rica, 1870-1960*. Chapel Hill y Londres: The University of North Carolina Press.
- Putnam, L. (2013). *Radical Moves: Caribbean Migrants and the Politics of Race*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Richardson, B. (1983). *Caribbean Migrants: Environment and Human Survival on St. Kitts and Nevis*. Knoxville: University of Tennessee Press.
- Richardson, B. (1985). *Panama Money in Barbados, 1900-1920*. Knoxville: University of Tennessee Press.
- Roberts, G. (1957). *The Population of Jamaica*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Senior, O. (2014). *Dying to Better Themselves. West Indians and the Building of the Panama Canal*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Singh, K. (1994). *Race and class Struggles in a Colonial State: Trinidad, 1917-1945*. Kingston: The Press University of the West Indies; University of Calgary Press.
- Thomas-Hope, E. (1978). The Establishment of Migration Tradition: British West Indian Movements to the Hispanic Caribbean after Emancipation. En C. Clarke (Ed.), *Caribbean Social Relations* (pp. 66-81). Liverpool: Center for Latin American Studies.
- Wynter, C. (2021). *Jamaican Labor Migration to Cuba, 1885-1930 in the Caribbean Context* (Tesis de doctorado). Chicago, Illinois: University of Illinois at Chicago.

Los braceros jamaicanos en la industria azucarera cubana: el caso de la United Fruit Company¹

Oscar Zanetti Lecuona

Academia de la Historia de Cuba

En poco más de veinte años (1903-1925), la producción azucarera de Cuba se quintuplicó, llegando a sobrepasar cinco millones de toneladas. Semejante progresión productiva en un país que había sufrido los embates de una cruenta guerra, cuya población apenas totalizaba 1,6 millones de habitantes al comenzar el siglo XX, hubiese resultado imposible sin un cuantioso aporte migratorio. Formando contingentes anuales que llegarían a decenas de miles de individuos, ya fuese como empleados estacionales o inmigrantes definitivos, los trabajadores extranjeros constituyeron una fuerza de trabajo decisiva para impulsar el crecimiento de la economía. Fuente principal de aquel torrente humano fue España, la antigua metrópoli, pero, a efectos de la expansión azucarera, la contribución fundamental la hicieron braceros procedentes de tierras más cercanas: del vecino Haití, de Jamaica y de otras posesiones británicas en el archipiélago antillano.

1. Este trabajo es parte del proyecto “Connected Worlds: The Caribbean, Origin of Modern World”. This project has received funding from the European Union’s Horizon 2020 research and innovation programme under the Marie Skłodowska Curie grant agreement núm. 823846. Professor Consuelo Naranjo Orovio, Instituto de Historia-CSIC, directs this project.

La United Fruit Company en el oriente cubano

El formidable incremento que experimenta la producción azucarera cubana durante las primeras décadas del siglo XX tuvo su escenario mayor en las provincias del este del país, un territorio que había quedado al margen de la expansión de la plantación esclavista en la centuria anterior. En 1901, las entonces provincias de Camagüey y Oriente apenas elaboraban 13% de las 650.000 toneladas de azúcar producidas ese año; un cuarto de siglo después, su participación alcanzaría casi 60% de una zafra ocho veces mayor. Los agentes fundamentales de tan vertiginoso crecimiento fueron compañías norteamericanas, las que, valiéndose del control político y económico adquirido por Estados Unidos en Cuba, comenzaron a apropiarse de tierras en las regiones orientales y fomentaron colosales fábricas de azúcar. Una de las pioneras en ese movimiento inversionista fue la United Fruit Company, cuyas operaciones se iniciaron en 1899. Resultado de la fusión —en el propio año 1899— de la Boston Fruit Company y las firmas de Minor C. Keith, empresario norteamericano con fuertes inversiones ferroviarias y bananeras en Centroamérica, la United Fruit tuvo desde su origen algunos intereses en Cuba, producto de las actividades de la Boston Fruit, que, además de poseer plantaciones de banano en Jamaica, llevaba años comerciando con fruta de origen cubano en Estados Unidos. En correspondencia con ese perfil, el objetivo primario de la nueva empresa en Cuba no fue el azúcar, sino la producción bananera.

En las décadas finales del siglo XIX, el banano en Cuba era un floreciente negocio que desde la zona de Baracoa había extendido su cultivo hacia el oeste, a lo largo de la costa norte oriental. La más reciente de esas plantaciones se había fomentado en los alrededores de la bahía de Banes, debido a la iniciativa de la familia Dumois, que en 1887 adquirió o arrendó más de 20.000 hectáreas en tierras banenses, las cuales se propuso explotar mediante tres firmas: la Banes Fruit Company, la Samá Fruit Co. y la Dumois Fruit Company, esta última destinada a la comercialización. En 1895, las empresas de Dumois aportaron casi un tercio de los 6,8 millones de racimos de banano cubano exportados al mercado norteamericano, pero esa producción se desplomaría al año siguiente, tras el inicio de la guerra de Independencia. Los hermanos Dumois marcharon entonces a EE. UU., donde Hipólito —que actuaba como cabeza de familia—

vendió parte de las acciones de sus empresas a la Boston Fruit. De modo que, al constituirse la United Fruit, ya tenía en cartera valores cubanos en cuantía cercana al millón y medio de dólares, activos engrosados con un nuevo aporte de los Dumois, que se incorporaron como accionistas minoritarios a la nueva compañía.

Las primeras gestiones de la United Fruit en Cuba estuvieron encaminadas a rehabilitar las plantaciones bananeras. Designado administrador de la empresa en Banes, Hipólito Dumois conjugó dicha actividad con la adquisición de nuevos terrenos para la compañía en las vecinas haciendas de Mulas y Tacajó. Aunque la producción y exportación de banano mostraba renovado vigor, muy pronto se hizo evidente que el desarrollo de ese renglón no constituiría el objetivo primordial de la compañía, cuyo presidente, Andrew Preston, se había percatado de que la producción azucarera podría reportarle mayores beneficios. Con la reorientación del negocio hacia el azúcar, las tierras adquiridas se dedicaron en su mayor parte a la siembra de caña, para cuyo procesamiento comenzó a montarse una fábrica en Cayo Macabí, al borde de la bahía de Banes, que contaría con facilidades portuarias para la exportación directa del dulce producto. El central Boston —como se denominó a la nueva industria— realizó su primera zafra en 1901, campaña que, por las necesidades de ajuste de la maquinaria y cierta inexperiencia organizativa, distó de resultar un éxito. Sin embargo, al año siguiente, con la instalación de un nuevo molino, el *Boston* produjo casi 20.000 toneladas de azúcar, ubicándose entre los mayores centrales de la isla. La opción azucarera de la United Fruit, además de implicar cambios en el personal administrativo y técnico del negocio, generó también una mayor demanda de recursos, particularmente en lo relativo a materia prima y fuerza de trabajo (García Álvarez, 2008, pp. 103-108).

Para satisfacer las necesidades inmediatas y potenciales de caña de azúcar, la United desató un voraz proceso de apropiación de terrenos, facilitado por el hecho de que casi todas las tierras en la zona de Banes se hallaban bajo el impreciso régimen de propiedad de las llamadas haciendas comuneras. En tal sentido, la Orden Militar 62 dictada por el Gobierno interventor norteamericano constituyó un útil instrumento legal, pues, bajo sus provisiones y contando con los servicios de habilidosos abogados, la compañía pudo promover el deslinde de dichas haciendas y apropiarse

de terrenos bastante más extensos que los que realmente había adquirido. Como resultado de esas prácticas, al cabo de una década (1913), la United Fruit figuraba como propietaria de unas 37.000 hectáreas de tierras banenses. Hipólito Dumois, eficaz agente en dicho proceso, brindó otro extraordinario servicio a la compañía, al gestionar la compra a bajo precio de los Terrenos de Nipe, extenso latifundio de más de 60.000 hectáreas, cuya adquisición propició el avance de la United hacia la zona de Mayarí.

Un acaparamiento de tierras de tal envergadura pudo llevarse a cabo con notable rapidez porque la compañía se había asentado en territorios de escasa población. La región que se extendía a lo largo de la costa norte oriental tenía muy baja densidad demográfica; en la zona de Banes, apenas nueve habitantes por km², y en la de Mayarí, aún menos: 5,5, cifras ambas bien por debajo del promedio nacional de 14,18 habitantes por km² en 1899. Si dicho cuadro poblacional operaba en favor del control de la región por parte de la United Fruit, la pobreza en recursos humanos podía convertirse en una amenaza para el desarrollo de sus actividades. En un primer momento, cuando estas todavía no alcanzaban particular intensidad, la demanda de fuerza de trabajo pudo satisfacerse a partir de trabajadores locales —sobre todo en Banes—, cuyas filas la propia compañía contribuyó a incrementar con los campesinos despojados de sus tierras por el deslinde de las haciendas comuneras. A ello debe añadirse el natural atractivo que sobre los pobladores de otras provincias y algunos inmigrantes hubo de ejercer el desbroce y cultivo de tierras en un país cuya economía emergía de la guerra. Pero, para el crecimiento prospectivo de los negocios, la escasez de mano de obra se perfilaba como un serio problema.

Expansión azucarera y fuerza de trabajo

A partir de 1905, la situación laboral de la United Fruit comenzó a complicarse. A las inversiones destinadas a duplicar la capacidad productiva del central Boston, se sumaban los requerimientos de mano de obra de la Samá Fruit y, sobre todo, el fomento de un nuevo central, el Preston, que entraría en producción en 1907 con una capacidad de molienda que demandaba el cultivo —y la posterior cosecha— de extensas plantaciones cañeras en los Terrenos de Nipe. Debe, además, tenerse en cuenta que, a 60 kilómetros al oeste de Banes, otra compañía norteamericana,

la Cuban American Sugar, había puesto en explotación un gran ingenio, el Chaparra, mientras que la conclusión del ferrocarril central entre Santa Clara y Santiago de Cuba, por la también norteamericana Cuba Company en 1902, había abierto a la explotación inmensos espacios prácticamente vírgenes en las provincias de Camagüey y Oriente. Esa misma compañía ferroviaria estaba tendiendo un ramal hacia la bahía de Nipe, y en un punto de su litoral cercano a Banes construía los muelles y almacenes de lo que sería el puerto de Antilla, que aspiraba a convertirse en uno de los mayores exportadores del país.

Ante la manifiesta escasez de mano de obra —*Boston* había enfrentado un serio déficit de trabajadores en la zafra de 1904— el gerente de la United Fruit en Banes, Harold Harty, solicitó a Manuel Silveira, representante de la compañía en La Habana, que gestionase con el presidente de la República, Tomás Estrada Palma, permisos para contratar personal en el extranjero; en particular, para traer y asentar en sus propiedades a 300 labradores de Islas Canarias, cuya contratación estaría a cargo de Elders & Fyffes, una firma bananera asociada que operaba en dicho archipiélago (Zanetti y García, 1976, p. 209).

La gestión de la United enfrentaba un difícil obstáculo legal. Casi a punto de terminar su mandato en Cuba, el 15 de mayo de 1902, el Gobierno interventor norteamericano había dictado la Orden Militar 155, que declaraba ilegal la introducción e inmigración de extranjeros mediante contrato o convenio con el propósito de emplearles en trabajos u ocupaciones de cualquier clase. Concebida para allanar el camino a la firma de un Tratado de Reciprocidad Comercial con la futura República de Cuba, dicha prohibición ofrecía garantías a los productores remolacheros estadounidenses contra una potencial competencia del azúcar cubano elaborado con trabajo barato. En medio de la escasez de mano de obra, esa regulación migratoria actuaba como un freno al crecimiento de la producción azucarera, de modo que compañías y hacendados, tanto individualmente como mediante gestiones de la Liga Agraria que los representaba, procuraron del Gobierno cubano una normativa más laxa que facilitase la introducción de trabajadores. Dichas demandas fructificaron en la ley de Inmigración y Colonización promulgada en julio de 1906, la cual propiciaba, bajo ciertas condiciones, la inmigración de familias, así como de braceros destinados a faenas agrícolas procedentes de Europa y de Canarias. La nueva

legislación involucraba al Estado como promotor de la inmigración y no solo permitía, sino que alentaba la contratación de los inmigrantes por parte de compañías y terratenientes, quienes podrían introducirlos a través de determinados puertos de la isla una vez obtenida la autorización gubernamental (Pichardo, 1969, t. 2 pp. 199-201 y 273-276).

En 1905, cuando aún se tramitaba la ley migratoria, la United Fruit obtuvo permiso para introducir 300 trabajadores de Canarias, 100 de ellos con sus familias, a los que asentó en dos caseríos construidos al efecto, medida en la que se perfilaba un plan de colonización destinado a asegurar a la empresa un mínimo de fuerza de trabajo. Sin embargo, esa estrategia laboral cambió al aprobarse al año siguiente la ley de inmigración, pues la puesta en vigor de dicha normativa abrió la posibilidad de obtener mano de obra de manera temporal contratando los braceros en los momentos y en la cuantía que se les necesitase, fórmula ideal para una industria de tipo estacional como la azucarera. Así, junto a los jornaleros españoles que la compañía había venido reclutando mediante contratis-tas, se hizo notar la presencia de braceros procedentes de Jamaica.

El empleo de trabajadores jamaicanos fue una posibilidad que los ejecutivos de la United habían contemplado desde muy temprano, pues como la compañía explotaba plantaciones bananeras en Puerto Antonio y otras localidades de la isla vecina, su contratación podía resultar relativamente sencilla. En la medida en que las ordenanzas migratorias abrieron espacio para ello, la UFCo. parece haber realizado de manera más o menos encubierta algunas de esas operaciones, pero sus agentes sobre todo se dedicaron a contratar jamaicanos, que con frecuencia arribaban como inmigrantes ilegales a la costa sur de la provincia de Oriente. Tanto en Banes como en el central Preston —cuyas zafras a partir de 1909 superaron 40.000 toneladas—, el empleo de macheteros jamaicanos se hizo notar y, aunque en su mayoría estos se contrataban sobre bases estacionales para hacer la zafra, algunos terminaron por radicarse en la zona. En 1911, un censo efectuado por la United Fruit en su División Banes registraba un total de 1.187 residentes extranjeros, en su gran mayoría (915) españoles, pero entre los cuales aparecían en segundo lugar 138 súbditos británicos, casi todos ellos jamaicanos (Sintes, Abreu y Bellido, 2013, p. 43).

Las diversas fórmulas migratorias arbitradas, aunque significaron un respiro para la compañía, no constituían una garantía en cuanto a la